

REFLEXIÓN
DEL FRESCO DE LA ‘SANTISSIMA ANNUNZIATA’¹



Noticias seguras se tienen de un altar en la iglesia con la imagen de María ‘ss. Annunziata’ desde 1341. Desde esta fecha los documentos no hacen que hablar de ofertas, lámparas, exvoto y por tanto de la institución de la *Obra* que debería administrar los embellecimientos o restauraciones en la capilla de la imagen prodigiosa. Todavía hoy podemos admirar, con su particular belleza, el fresco que dio origen a la fama del santuario.

Relata la leyenda que los Siervos de María mandaron pintar el fresco de su ‘Virgen gloriosa’ en 1252, cuando es decir nacía la iglesia de Santa María de Cafaggio. Así pues, según los estudiosos, el fresco actual es de los años 1300. Según fray Eugenio M. Casalini el fresco original se debería de encontrar abajo (es decir detrás) del actual fresco.

En 1252 se cuenta que el objetivo importante de pintar la escena de la Anunciación (cf. *Lc* 1, 26-38) fue confiado a un pintor llamado Bartolomeo, el cual puso toda su pericia y su fe en representar dignamente la escena de la Anunciación. Pero el devoto artista, en delinear el rostro de la Virgen se desalentó mucho y desconfió de sus capacidades y después de varios intentos que lo dejaban siempre más insatisfecho cayó en una extraña somnolencia. Al despertarse, el milagro estaba realizado y en el fresco él admiraba aquella obra de arte de fe, que después de siete siglos sigue maravillando a artistas y a fieles. *Quivi* – dijo Miguel Ángel Buonarrotti – *No es arte de pinceles, donde se pintó el rostro de la Virgen, sino es algo divino verdaderamente.*²

¹ Ver: <http://annunziata.xoom.it/immagine.html>.

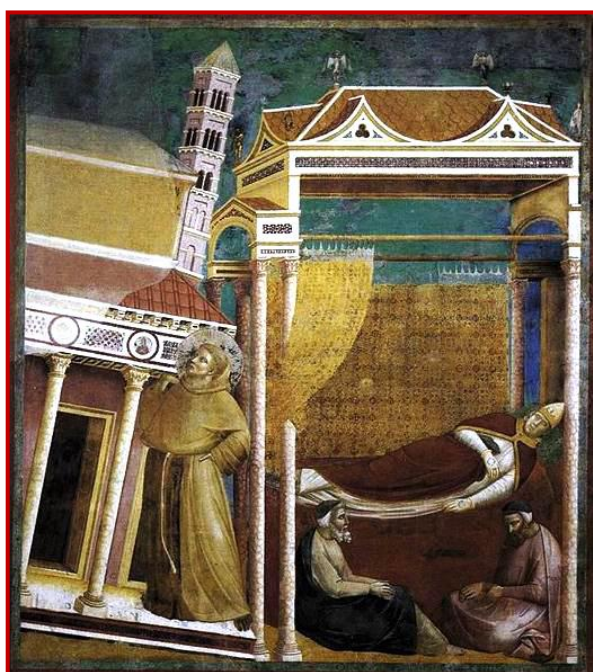
² Cf. BOCCHI Francesco, *L'immagine della SS. Annunziata*, Firenze 1592, p. 80.

Entre los siglos XIII y XIV en toda la Toscana, fue un centro de devoción a la Virgen. Siena, Florencia, Pisa, Lucca, güelfos y gibelinos, vivieron sus luchas de libertad y predominio político poniendo las propias aspiraciones bajo la protección de la Madre de Dios. Y los demás artistas, en las iglesias, en los nichos o altares de los ángulos de las calles, en las puertas de hierro de sus ciudades, nos transmiten una documentación artística de esta viva devoción de la época. Pero la escena evangélica más que atraer a los pintores, era el Anuncio del ángel a la Joven de Nazaret.

Para los florentinos, desgarrados por las luchas políticas y espirituales, este sujeto tendría que ser rico de particulares significados. El ángel del Evangelio llevó a la Virgen de Nazaret el anuncio de una era nueva. La humanidad, con el nacimiento de Cristo, marcaba un cambio en la historia; y para Florencia la Virgen ‘Annunziata’ era como la *buena noticia*, la síntesis, el símbolo y el ideal de una espiritualidad renovada. Es suficiente recordar a Dante y a sus versos en la *Divina Comedia* (*L’angel che venne in terra col decreto / de la molt’anni lagrimata pace: Purgatorio, X, 34-35*), para entender que los florentinos en el Doscientos acogían desde el relato de la Anunciación un programa espiritual y neto contraste con la dureza de los tiempos. “*paz*”, en lugar de guerra que no tenía descanso; *confianza* en la intercesión de la Virgen *que a abrir el alto amor dirige la llave* (v. 42), contra la falta de confianza en las relaciones humanas, llegaba a ser regla de vivir, evocación a la humildad *Ecce ancilla Dei* (v. 44), contra la ambición desenfrenada que envenenaba la vida común.

No es secundario sino un aspecto eclesial – ni tampoco con declives sociales- que el misterio de la Anunciación encarnaba en la época de nuestros primeros Padres y que sigue teniendo una profunda importancia aun en nuestros tiempos.

La Iglesia del Doscientos vivía de una manera aguda las contradicciones vinculadas a su naturaleza divino-humana: en particular la riqueza de algunos



ambientes de Curia y de no pocos prelados que crujían en comparación con la vida descrita en el Evangelio.

Por esta razón surgieron muchos movimientos pauperísticos, que deseaban llevar la Iglesia a su raíz evangélica. No pocos de estos movimientos se colocaron fuera de la Iglesia, identificando la justa contestación de la Iglesia con la inutilidad de la institución, y colocándose en una relación directa con el Señor.

Otros movimientos, como el Franciscano, eligieron contestar a la

Iglesia desde dentro de ella, con el testimonio personal y comunitario: el fresco del *Sueño del Papa Inocencio III*³ de Giotto de Asís es emblemático en esta actitud.

La experiencia originada por nuestros primeros Padres se coloca precisamente en esta línea de reforma “afectiva” y no sólo “efectiva”; y la elección del misterio de la Anunciación como una de las “imágenes conductoras” es la confirmación.

El fresco “encierra” el momento en el cual *El Verbo se ha hecho carne*: la carne de María hace experiencia de “hospedar” a Dios. Pero esta Encarnación sigue en la historia: si el misterio de la Encarnación habla de una nueva realidad divino-humana – la persona de Jesucristo-, esta realidad sigue siendo misteriosamente presente por medio de la Iglesia, la cual naturaleza es exactamente análoga a la del Verbo encarnado.

Afirmar la fe en el misterio de la Encarnación significa entonces reconocer la Iglesia en su naturaleza divino-humana, sin escandalizarse y con una continua tensión de reforma interna: así también nuestros Primeros Padres se colocaron en la iglesia de su tiempo.

La Virgen pintada en Santa María de Cafaggio por el pintor Bartolomeo no es un documento inferior al de los demás pintores y a los demás versos de Dante.

Dejando aparte la legenda es seguro que los pintores florentinos llamados a pintar en la primera mitad del Trecentos el anuncio del ángel a la Virgen, no se olvidan del fresco de Santa María de Cafaggio, aunque no logren alcanzar jamás aquella intuición de poesía y fe que son reunidas en ella.

El ángel

El ángel entró apenas en un instante. La aureola, los rayos dorados, el movimiento del manto, las alas todavía en movimiento en la entrada de la puerta (más que una cierta dureza de las líneas del rostro), nos dan su cualifica de creatura celestial. El ya saludó a la “Llena de Gracia”, le ha cancelado el temor inicial, ha explicado el misterio de una virginal maternidad, y ahora está

³ El *Sueño de Inocencio III* es la sexta de las 28 escenas del ciclo de frescos de las *Historias de San Francisco* en la Basílica superior de Asís, atribuidos a Giotto de Bondone (1267-1337). Fue pintada verosímelmente entre 1290 y 1295 con medidas de 230 x 270 cm. Este episodio pertenece a la serie de la *Legenda maior* (III, 10) de San Francisco: durante un sueño el Papa ve al humilde Francisco que sostiene la Basílica de Letrán, que en la época representaba a lo que hoy es San Pedro en el Vaticano, es decir, el corazón de la Iglesia latina. Se propone con el lecho en baldaquino con el Papa y dos guardias durmientes (antes presentes en el *Sueño de las armas* y en la escena de *Isaac que rechaza Esau* del maestro Isaac), trasladado sin embargo en el lado derecho, mientras a la izquierda se desarrolla el sueño, con una basílica vistosamente inclinada que está sostenida con un gesto muy elocuente por el santo, que aquí aparece por primera vez vestido de fraile. Con una solución que sería imposible en la realidad “material”, pero que es extremadamente evocativa a nivel “simbólico” y de significado, Giotto – que muy probablemente era Terciario Franciscano, como también Dante Alighieri – elige representar a Francisco mientras sostiene a la Iglesia *con los pies dentro de la base de ella*, poniendo así en evidencia su pertenencia a la Iglesia.



humilde, silencioso, inclinado bajo el sonido de aquellas palabras que decidirán el destino final de la creatura humana.

Es de observar que en las representaciones artísticas de la Anunciación del primer milenio, el ángel aparece siempre más alto de la humilde Sierva, mientras que en las del inicio del segundo milenio, y marcadamente desde el siglo XIII, el ángel aparece siempre más abajo de la Virgen del *Fiat*, el cual culto está en pleno desarrollo.

Frente al icono de la Anunciación se han reunido muchos fieles y generaciones de frailes Siervos de María, de ayer y de hoy. Fue una

fuente de inspiración para todos.

En los acontecimientos de la vida, en este tercer milenio, el Señor no cesa de visitar a sus Siervos, los Siervos de la humilde Sierva, de enviarnos a su ángel y no cesa de interpelarnos. Estamos llamados a estar atentos – como la Virgen de Nazaret - a la voz, de escuchar sus llamadas, a hacer nuestros Sus proyectos. No temamos de dejar que El disturbe nuestros programas, nuestras visiones.

La Virgen

La Virgen sentada en un escaño labrado. Ha interrumpido la lectura de Isaías, y el libro abierto en la banca, apoyada en un cojín, sugiere el pasaje: *Ecce virgo concipiet...*⁴ Un rayo de luz diagonal llega a su seno con el grupo del Eterno Padre, en lo alto, en la línea azul del cielo, a izquierda del fresco.

Y la ingenuidad del pintor, para dar movimiento a la respuesta de la joven de Nazaret, escribe sobre el rayo las palabras (que a nosotros se presentan vistas en el espejo) su respuesta: *Ecce ancilla Domini.*⁵

Pero la verdadera respuesta está en toda la actitud de la Virgen. Su cuerpo es síntesis de movimiento y de espera. Una curva delicada, un impulso



⁴ Is 7, 14: *He aquí: la virgen concebirá y dará a luz un hijo, que llamará Emanuel* (cf. Mt 1, 23).

⁵ Lc 1, 38: *He aquí la sierva del Señor.*

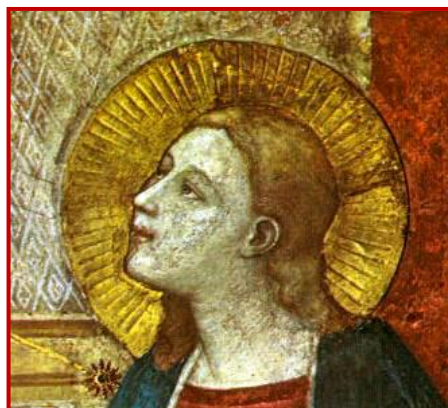
“interior” dirige su busto hacia lo alto, acompañando el rostro, la mirada, la línea tenue del cuello y de los cabellos rubios. Y el seno de la virgen – como una concha abierta en la solapa del manto -, y los brazos abandonados, pero no rígidos, a lo largo de la vida, y las manos – unidas y descansadas con gracia en las rodillas - son como palabras de espera: una espera también “interior”: *Fiat mihi secundum Verbum tuum.*⁶

Meditando y orando frente a la imagen de la Anunciación, generaciones de frailes Siervos de María, a lo largo de los siglos, tienen como Ella abierta la Sagrada Escritura, y se han dejado instruir por Dios, por su Palabra, y han aprendido de Ella a responder “Sí”, a decir con Ella: *He aquí el siervo del Señor: hágase en mí según tu palabra.* Día a día se han dejado formar, o sea modelar, por Dios; como Ella se han dejado habitar por el Verbo, por Cristo Palabra de vida eterna, Camino, Verdad y Vida, ... y han abandonado bienes, pensamientos, caminos, para abrazar bienes, pensamientos y caminos de Dios, y hacer que sea Dios a guiarlos.

El rostro

La legenda nos habla de la belleza del rostro, pero es toda la persona de la Virgen que nos lleva con “equilibrio” a este rostro, que es un ejemplo concreto de las relaciones que une la creatura a su Creador.

No miedo y desconcierto, como representan a menudo los pintores de los siglos sucesivos, sino gozo calmo y serenidad; no sumisión angustiosa, sino abierta aceptación y firme adhesión a la voluntad divina; no pose y refinamiento, sino sinceridad consciente.



Esta Virgen es el ejemplo más verdadero de la creatura “interna”, reconstruida, en su valor inicial, desde la Redención. Este rostro en el cual, a lo largo de los siglos, los devotos leen la propia historia y la propia salvación explica, más que la legenda, el agolparse de peregrinos y el florecer de gracias y milagros en el altar de la Virgen de Florencia.

Meditando y orando frente a la imagen de la Anunciación, generaciones de frailes Siervos de María, a lo largo de los siglos, han fijado la mirada en Ella, la Virgen del “Sí”, han observado que en aquel rostro ha pasado el temor, el miedo, y ha regresado la paz: la paz de una plena adhesión a Dios y a sus proyectos, la paz de cualquiera que acepte formar parte de la eterna historia de amor y salvación que viene de Dios y que a Dios lleva, la paz de cualquiera que

⁶ Lc 1, 38: *Hágase en mí según tu palabra.*

confía plenamente en Dios según el dicho de San Agustín: “*Nos has hecho para ti, señor, y nuestro corazón queda inquieto hasta que no repose en ti*”.⁷

Creados a imagen de Dios y para Dios

A los discípulos de los fariseos y a los herodianos que buscaban coger en el error de sus discursos (cf. *Mt 22, 15*) y que les pidió si era lícito, o no, pagar el tributo de Cesar, Jesús les hizo observar que la imagen y la inscripción de la moneda del tributo eran de Cesar y dijo: “*Den pues a Cesar lo que es del Cesar, y a Dios lo que es de Dios*” (*Mt 22, 21*). En nuestra vida cotidiana en este mundo, no podemos servir a dos patrones, Dios y la riqueza (cf. *Mt 6, 24*), buscar las cosas de arriba y las cosas de abajo. Nosotros que hemos sido creados (por Dios) a imagen de Dios (cf. *Gn 1, 26-27*), tenemos que fijar nuestra mirada en Dios y ofrecer nosotros mismos (imágenes de Dios) a Dios, dar a la tierra lo que es de la tierra (los bienes de la tierra) y a Dios lo que es de Dios (nosotros mismos).

La mirada de Santa María – y su pecho inclinado ligeramente hacia adelante – en el fresco de la Anunciación expresa este santo propósito: da a Dios lo que es de Dios, sí misma. Es un propósito que hacemos nuestro.

⁷ S. Agustín, *Confesiones* 1, 1.